

ESPAÑA A HIERRO Y FUEGO (I)

Alfonso Carlos Camín
México, 1938

Regularmente es en abril o en mayo cuando dejo la capital española. En este mes de julio, ya estaba yo otros años por las cuencas de Asturias; en las playas de Santander; entre los hombres de Reinosa o de retorno en Palencia: en Saldaña, en Cervera del Pisuerga, en Barruelo, pueblo de minas tan ligado a Asturias, que una de sus calles llevaba el nombre de Manuel Llana, luchador asturiano que trabajaba allí, como simple minero en sus mocedades. Algunos años, prolongo mi viaje hasta La Coruña. Otros, lo remato en Castro Urdiales, último pueblo de Santander en el camino de Bilbao.

Pero en 1936 todavía me encuentro en Madrid bajo las primeras llamas del sol de julio. No atino a salir de Madrid. Ni tengo noticias ni espero ningún acontecimiento inmediato. Lo presiento irremediadamente, puesto que la República se halla desmantelada y los hombres que la rigen se sientan tranquilamente bajo las encinas de El Pardo, las acacias de La Bombilla y los chopos del Manzanares.

No obstante, el mejor olfato hubiera olido los acontecimientos para el otoño o principios de invierno. Yo pensaba embarcarme para América. Mis trabajos editoriales sufrían las consecuencias del retraimiento premeditado del capital en España, paquetes de dinamita que iba colocando en los puentes de la República cuya voladura es infalible cuando no hay hombres arriesgados que se decidan a cortar la mecha. Y el caso es que yo siento los miembros torpes. Me vacila la voluntad cuando pienso que tengo que abandonar Madrid. Presiento que mi casa y los míos van a quedar desamparados. Y esto no lo pensaba en otros años.

Por aquellos días me visitó Alfonso Muñoz de Diego, diputado por Asturias, escritor excelente y lealísimo amigo. Ello fue un motivo para retrasar otra fecha. Le presenté a Victorio Macho en sus talleres

de mi barrio de Salamanca. Pasamos una tarde con el ilustre escultor palentino. Volví a pensar en el viaje, y le dije a mi amigo:

-Mejor que en el tren, irás en automóvil. Te llevaré hasta Oviedo. No trabajaré este año en Palencia, si es que te decides al viaje.

-Me subyuga la idea, pero traigo la misión de convencer a Melquiades para que este año no vaya a Asturias. ¿Por qué no esperas?

-No, parto mañana. Tengo el automóvil listo y el chófer está avisado.

Melquiades todos los años veraneaba en Oviedo y en Gijón. En Oviedo, habría sido un prisionero de Aranda. En Gijón...

La noche es de inquietud, de fatiga y bochorno. Las alas del pensamiento se derriten como si fueran de gelatina. El aire es pegadizo y molesto.

En este mismo sitio, por donde voy hacia mi casa, me sorprendió hace unas noches el ruido violento de una camioneta –rápida como un aire empapado de azufre- que bien pudo ser la que llevaba el cuerpo de Calvo Sotelo. En este mismo lugar, mientras que pienso en el viaje y en la pesadumbre de España, encuentro a Manuel Serafín Pichardo, espíritu noctámbulo y ministro de Cuba, que había de morir en Madrid durante el primer año de guerra.

-¿Qué sucede? Le hago esta pregunta porque pienso partir de amanecida.

Pichardo me puso una mano en el hombro y me dijo, con su cordial (...)

-Creo que usted puede viajar. No ha de ser cosa grave. Lo de las tropas de Marruecos ya está vencido. En Barcelona hay conatos de agitación. Pero estas cosas, cuando son del dominio público, no llegan más allá. Un aborto nunca es un buen parto.

Yo pienso que hay abortos que cuestan la muerte definitiva de las madres, mientras que los hijos viven y son criados con biberón por cualquier mujer extraña. Empero, con estas frases de Pichardo, alejo

un poco de mí las alas del murciélago del pesimismo. ¡Viejo amigo y diplomático viejo, si no de psicología, sí debiera de andar mejor de noticias políticas! Decididamente dejé de madrugada mi casa y mi despacho de Madrid. El hijo más pequeño me despidió más triste que nunca sobre la acera hasta que partió el automóvil. El corazón tiraba hacia atrás.

-¡Bah! Hay que ser fuerte –me dije-. Ha de ser que los años no pasan como el aire sobre el agua. Y lo achaqué a mis sienes, a las que asomaban las primeras cenizas. El automóvil partió por las calles limpias, bajo el cielo azul de Madrid.

Mi ayudante tiene que recoger su equipaje en uno de los barrios del Manzanares y aprovecho estos minutos para despedirme de la vieja Puerta de Toledo, arco de mis predilecciones del Madrid viejo. Al fondo, sobre del río y más allá el puente, parpadean las luces entre las finas gasas del día, pintando de azul el paisaje. Lo mismo el rascacielos airoso que la casa pobre, el huerto humilde o los chopos quemados por el fuerte sol veraniego. El Guadarrama comienza a despertar entre una triple gracia de mantones azules, propios para cubrir los hombros de las mujeres de Madrid en la pradera de San Isidro, ilustrada alegremente por Francisco de Goya, paleta de la luz y del gracejo. Si no fuera por la color rojiza de las casas y el verde mozo de los árboles, pensaría uno que todo Madrid despertaba agitando largos mantones de flecos con anchas rosas de plata.

Madrid todavía no despierta, pero las bandadas de pájaros, los gorriones proletarios y los mirlos señores, revuelan y cantan al paso entre los árboles azulados. En La Bombilla, la soledad del camino presenta un túnel de sombra que se abre en un grito de luz sobre la Puerta de Hierro. Allí, el surtidor de gasolina y unos guardias civiles. Ni nos miran. Apoyados en los fusiles, tienen los ojos absortos en el paisaje, como si esperasen alguna promesa surgida del silencio de las encinas. Después, la Cuesta de las Perdices, y el automóvil que empieza a beber kilómetros.

Blanquean, a un lado y otro de la carretera, los hotelitos, como palomas sobre la tierra reseca. Los pinares mantienen sus copas negras

contra las mordeduras del sol. Pero abajo el campo está seco y pajizo. Pacido al rape por la lengua de toro de los soles raciales, como si hubiera sido inútil su sombra.

Cuando se acaban los pinos amables, empiezan las rocas y las encinas. Se hace el paisaje más agrio. A veces hay más rocas que encinas. O viceversa. Lo que se puede afirmar es que hay más encinas y rocas que tierra. Rocas de la Castilla serrana, distintas a los otros roquedales del norte y sur ibérico. Rocas que viven fuera de tierra, sin conos agresivos, sueltas entre sí, como rebaños de merinas petrificadas, rememorando a cada paso a los célebres toros de Guisando, donde tuvieron su encuentro Fernando de Aragón e Isabel de Castilla. Son rocas desentendidas de la entraña terrestre, sobre las que bajan a descansar los crepúsculos y las nieblas de la Sierra. Si de lejos parecen merinas grises, a medida que uno se acerca desaparece el espejismo. Creeréis todavía que en vez de rocas son globos hinchados con un afán de ascensión a la luna y a las estrellas.

Muchas de estas rocas graníticas se sostienen sobre sí mismas o se unen a otras simplemente, como mozas que juntaran los hombros, sin tener base en la tierra. Rocas lavadas por la lluvia de los siglos, muchas se empinan para mirarnos por sobre encima de las copas de las encinas, sus prisioneras perpetuas. Porque entre la encina y la roca existe en estos lugares un pugilato permanente. Saltan, unas debajo y otras encima, según la llave que se han hecho, como en un deporte greco-romano. Por algo las encinas de Castilla son duras como la roca, cara a los vientos de la adversidad. A veces son tan iguales que no sabemos quién ha nacido antes: si la roca o la encina.

Más al fondo, perdido entre las nubes blancas y el Sol que raya el horizonte de rojo, Madrid en esta mañana del 17 de julio.

En la Venta del Alto del León, en el mismo sitio en que hoy tomamos el desayuno, veréis más tarde como una bomba de aviación vuela el tejado del hotel y se sienta donde nosotros, exigiendo un desayuno de vísceras palpitantes y cunas desvencijadas. El mesonero suele cobrar hasta el aire. Mañana, ese aire que hoy viene del fondo de los pinares, como un refresco de perfumes, traerá vaho de pólvora y un

fuerte hedor a carne y huesos quemados. Porque allí abajo andará la muerte como una loba, removiendo los esqueletos.

Pasamos por San Rafael. Digo al chófer que compre una cuerda:

-¿Es para ahorcar a Lerroux?

-No señor, no. Es para asegurar las maletas.

Don Alejandro, el viejo caimán de la República, tiene allí su casa de campo. Supongo que ahora esté aquí, aunque, unos días después, aparece en Portugal adhiriéndose donosamente, por medio de una carta, a las huestes negras de Franco.

Lerroux, el hombre más capacitado de las fuerzas republicanas, es uno de los mayores responsables de la catástrofe española. En vez de abarcar la responsabilidad nacional, se sintió herido en su amor propio y se pasó al enemigo, como cualquier bergante de los que hacen pinitos políticos con el afán de ser gobernadores de esta o aquella provincia. El viejo león republicano degeneró de tal forma, que últimamente daba la impresión de un viscoso caimán de laguna sucio de barro y de ignominia, tendido al pie de la charca, tomando el sol junto a las aguas muertas, entre podredumbre y miasmas, juncales desmochados y pajarracos carniceros. Su cabeza pelada de buitre anciano debe de erguirse, solemne y feliz, en su retiro de Lisboa, frente a la sangre nacional y a la carnaza que llevarán de la península, hasta su desembocadura, las roncadas aguas del Tajo.

Ahora, en las afueras de San Rafael, se recorta la silueta de otro guardia civil sobre el arma, bien apretado el barbuquejo. El compañero no estará lejos. Porque, en esto, son como las perdices; van en parejas.

Y hasta Valladolid ya no encontramos más signos de autoridad. Ni siquiera guardias civiles.

El campo se ve tan solo, que parece guardar la respiración, como si ya presintiera el drama. A veces, la tierra comprende mejor que los hombres. En Villacastín hay también soledad. Las calles de Valladolid están más solas que nunca. Subimos al Ayuntamiento y saludamos al

alcalde, un buen amigo nuestro y un buen amigo de Valladolid. Hombre que se desvivió por remozar la vieja ciudad que sirvió de tajo para la cabeza del Condestable Luna, no creo que la cabeza del alcalde haya corrido mejor suerte que la del consejero del rey don Juan de Castilla. Dicen que lo han salvado, para creerlo, yo he de verlo. Porque en Valladolid se ha hecho un cementerio especial para las gentes socialistas y republicanas.

El Ayuntamiento de Valladolid está solo, como sus calles. ¡Sólo queda el alcalde allá en el fondo de su despacho! ¡Sólo y correcto en sus labores, disimulando su tristeza! Algún empleado cuenta unos billetes y los vuelve a contar, como si su pensamiento estuviera a muchas leguas de allí. Abandonamos Valladolid.

Comeremos en Palencia. En menos de una hora dejamos atrás los kilómetros que separan ambas ciudades, bajo un sol fuerte y alto, viejo reloj de Dios sobre la gracia de los trigales. Anchos trigales de Castilla, este año más salpicados de amapolas que nunca. Tan rojas, que en algunos lugares parecen anchos cuajarones de sangre que parten desde el Pisuerga a unirse con el Carrión, ríos que ahora saben de la agonía de muchos hombres.

Mediodía. Palencia. Aquí ya hay un agente de policía que examina nuestros papeles.

El Cristo de Victorio Macho, el Cristo Mayor de Castilla, levanta al cielo su cabeza y abre a la inmensidad sus brazos, como si presintiera el drama de España.

ESPAÑA A HIERRO Y FUEGO (II)

Alfonso Camín
México, 1938

Palencia tiene una larga calle que es como el tubo digestivo de la ciudad. Esta calle lleva el nombre de Mayor Principal. Pero, en realidad, no es tal calle, sino el viejo camino de Castilla que pierde su nombre a la entrada, junto al cuartel de Carrión, y lo vuelve a ganar cuando termina de atravesar Palencia, rumbo a León.

La ciudad vive orgullosa de esta calle, que es, a su vez, paseo de la población palentina en las horas del mediodía y en el crepúsculo. Hasta que vuelve a ser camino de ovejas y la llenan los rebaños merinos que suben de Extremadura hasta las cumbres de Pajares, Puerto de San Isidro y Puerto Ventana.

Puede decirse que la vida de relación, social y económica, se resuelve en esta calle. En ella están enclavados el casino, la mayor parte de los bancos, las casas de comercio y el gobierno de la provincia. Conocido en la plaza por mis trabajos periodísticos de otros años y por mi agrado hacia Palencia, decido quedarme unos días, retrasando mi viaje a Oviedo.

Después de la comida, entro en el Café Central. Como siempre, en un rincón están juntos los hombres más salientes de la economía y la política provincial, acompañados del diputado Peñalba, republicano sosegado, de cuya influencia en la Corte se sirven todos los hombres conservadores y él no escatima mercedes. No será extraño tampoco verle del brazo de Abilio Calderón, cacique máximo, áspero como un espino, sucio y primitivo, inculto como un burreño con sanguijuelas en las quijadas.

Palencia es, por tradición, una provincia conservadora, cuyas tierras están repartidas entre dos familias: Azcoitias y Calderones. Estos entre sí, en vez de atacarse, han tenido el buen acuerdo de mezclar, por medio de lazos casamenteros, los intereses y la sangre. De este modo

la provincia queda en manos de la parentela. De ahí la preponderancia de don Abilio. Es la voz de la casa. Y como tal, la voz política de la provincia en todos los gobiernos desde hace medio siglo. La República, en vez de quebrantar los huesos de estos grandes saurios, aumentó los caciques en Palencia con la intromisión azucarera de Lewín, un judío alemán, que después de servirle la República con la cuchara más ancha, le veremos con los traidores repartiendo pitillos a las tropas del Guadarrama.

Día siguiente. Rezagado en el café, busco una silla en la terraza. Aguardo al doctor Rafael Navarro, persona culta, que siempre que llevo a Palencia me acompaña y me aleja del ambiente de esparto áspero que representa para la vida de un escritor el constante choque con la vida real, cuando, como ahora, el ensueño depende, más que nunca, del cemento armado y de las ovejas merinas. Se me acerca un vendedor de cachimbas. Es un hombre grueso, tocado de una visera, cachazudo y tenaz. Me conoce de vista de esta o aquella plaza y, aunque no le compro ninguna cachimba, no da importancia al asunto y se sienta junto a mí.

Me dice que se hace poco negocio. Que los tiempos están malos. Su mala suerte la achaca al gobierno, que deja que el capital se cruce de brazos para que el pueblo no coma y la República se derrumbe.

-Yo paso mis fatigas- agrega.- Pero no me desanimo. Y usted, ¿qué opina?

-¿De qué?

-De este ambiente.

-No sé qué decirle. Llegué ayer de Madrid.

Guardo silencio. Era un hombre grueso, bajo y maduro, con esa dureza de las encinas. Cuando volví al café por la tarde, me presentó a un militar con los galones de brigada. El brigada se expansionó un poco más que el vendedor de cachimbas. Era un joven noblote. Educado. Me conocía de nombre. Me dijo que era montañés, que le traía a Palencia una misión del gobierno y que volvía a Santander.

Quizás esperase que yo le hiciera más preguntas. Seguramente con esa intención me dijo que él era republicano. Que no fuera a confundirlo con los militares que cobraban buenamente su sueldo y conspiraban contra el estado.

-Corre usted más que yo- le dije por decirle algo.

Viendo que yo no daba color, ni tenía por qué darlo, se despidió de mí. ¿Era un enviado del gobierno? ¿Era un espía del ejército? No le he visto más. A quien vuelvo a ver por la noche es al vendedor de cachimbas.

Después de la cena, salgo a la calle. Ya no era la misma que yo dejé de atardecida. En vez de mujeres locuaces y mozuelos bien trajeados, llenan la acera, nerviosos, muchos hombres vestidos con traje de mecánico. Los viejos sesudos, los políticos y adinerados de la plaza, brillaban por su ausencia. Los cafés estaban vacíos. Por los anchos portales oscuros desfilaban sombras y sombras. Encontré un conocido, Barcia, que no tiene nada que ver con el pelafustán que fue ministro de Estado. Me dijo que iba hacia el gobierno civil y que si yo quería acompañarlo. No me dijo más. Yo no conocía al gobernador de entonces. No tenía por qué ir al gobierno. Era amigo de otro gobernador civil que tuvo Palencia, Roberto Blanco Torres, del que me dijeron siempre los dueños de la política y de la economía en la ciudad del Carrión: “Su amigo ha sido el único gobernador decente que ha tenido Palencia.” Lo que no fue obstáculo para que más tarde sepamos que Roberto Blanco Torres ha sido fusilado en Orense. Si fuera un tahur, un granuja, se le hubiera hecho director de algún periódico incautado o presidente de la diputación de Salamanca. Hay buenas pruebas.

No veo más rostros conocidos. Son patrullas de muchachos, entre los quince y los veinte años, con las manos en los bolsillos, mirando con recelo a todos lados. Dos de ellos pasan por mi lado. Uno le dice al otro:

-Tú, ya sabes. Dos zambombazos, y ¡arriba!

Esto ya me puso en recelo. Entonces es cuando vuelvo a encontrar al vendedor de cachimbas, parado en una esquina, centinela de las estrellas.

Me decidí:

-¿Qué hay, amigo? ¿Sucede algo? El buen hombre echó a andar conmigo y me dijo, en tono de confianza, después de soplar su cachimba que era un hornillo en la noche.

-Parece que la tropa se quiere echar a la calle. El gobernador está preparado. Tiene colocadas en esas ventanas varias ametralladoras. En esos tejados de enfrente –agrega, mirando hacia arriba-, también hay varias ametralladoras. Nosotros estamos en la calle para defender la República. Quieren dar el golpe a las dos.

Pensé poner en antecedentes a mi amigo el doctor Navarro, trasnochador impenitente. Miré el reloj: las once y media en punto. Y me dirijo al casino. Claro que guardándole el secreto al vendedor de cachimbas. Mi honradez ha de correr pareja con su confianza.

El doctor Navarro hablaba de literatura entre gentes que no le entendían. Le llamé aparte y le dí la noticia.

Miró el reloj y me dijo:

-Tenemos tiempo a tomar un café. Luego iremos a la Cruz Roja. Y a la una en casa. Si hay novedad, me pondré el brazalete.

El doctor Navarro es, desde hace muchos años, presidente de la Cruz Roja de la provincia.

Tomamos café, cogimos nuestros puros y los desanillamos tranquilamente, les prendimos fuego y fuimos hacia el centro benéfico. Él tenía un gesto preocupado. Pero sereno. La meditación sobre los acontecimientos, más que apretar el paso, nos lo hacía más lento. El doctor dio sus órdenes en la Cruz Roja. Reforzó las guardias y a la una, le dejé en su casa. Esperé las dos en la calle. Veía mucha gente moverse. Pero las caras se desvanecían en las sombras. Ni siquiera volví a tropezar con el recio vendedor de cachimbas, cachazudo y sereno, quieto en la esquina:

-Cuando sea, ya me despertarán los tiros- me dije.

Y con esta consigna, me fui al hotel. Y me dormí, casi despreocupado.

Desperté a las siete de la mañana entre un ruido de tiros y explosiones. Salté de la cama. ¡La contrarrevolución estaba en la calle!

Mi habitación daba a un patio interior y a las espaldas de un convento. Por el balcón abierto entraba el sol y podían entrar los tiros. Tiros en todas las azoteas. Ladridos de los fusiles contra los cristales de las ventanas, que caían con estrépito. El tableteo constante de la ametralladora entre los disparos espaciados de los fusiles. Los tiros aún más espaciados de las pistolas civiles desafinaban el fuerte acento, la música implacable de las otras armas formales. La explosión de las bombas, que mordían el viento en las calles, desconchaban los muros, estremecían las casas, cegando puertas y balcones con crines de polvo y tierra. Cañonazos en las afueras contra los enemigos imaginarios. Luego, un silencio, y otra vez las descargas de la fusilería. Las balas saltan como guijas en los tejados. Suenan secamente en la pared de mi cuarto. Cantan sobre las planchas de zinc del techo de una cocina que hay en el patio de enfrente. Muerden la cal amarillenta de las paredes del convento. Cortan la rama de los jardines. Se meten por las rejas del claustro. Se quiebran en dos las tejas. Silban a mi lado cuando me estoy vistiendo. Pienso que entran por la ventana.

Mientras que la servidumbre taponaba con colchones todos los huecos, yo bajo al hall.

Antes, mientras me ponía el cuello, pensé: “Las balas suenan muy cerca. Parece que disparan contra el hotel. Si las fuerzas han fracasado, puesto que el general vive aquí mismo, bien puede suceder que estén los oficiales acorralados dentro de este edificio. Nos van a freír a tiros.” De fracasar la sublevación, no hubiera sido esto extraño, máximo cuando después me entero que este hotel es un centro fascista, lugar de reunión de todos los pajarracos monárquicos, curas con sobrinas y jesuitas con trabuco.

Pero no. La contrarrevolución está en la calle. Las tropas han abierto la cárcel y vuelcan sobre la ciudad a todos los presos políticos –y a los que no lo son- portando un fusil flamante y unas flamantes cartucheras. Entre los dueños de comercio armados, que ya andan a la caza de sus dependientes, tumbándoles en donde los encuentran, irrumpen en el hotel “falangistas” y propietarios con gestos feroces, desorbitados y trémulos. Apuntan con sus armas a las ventanas y a las cabezas.

Gritan:

-¡Hay que registrar el hotel!

-¡Que nadie se mueva! Al que se menee, dos tiros en la cabeza.

Los más viejos, anchos y barrigones, se quedaban quietos sobre el arma. Los más jóvenes, muestran las manos arremangadas como los matarifes. Los ojos turbios, el pulso, suelto. Los dedos, poco firmes en los cerrojos.

Todos llegan ebrios de venganza y de pánico. De un pánico que se contagia. Yo mismo tengo que embridar mis nervios para no contagiarme del pánico de aquellos mozos. Porque es un pánico peligrosísimo. Ese pánico que al primero que se mueva –aunque sea para preguntar qué sucede- es suficiente para que se le estrellen los sesos contra los muros. El arma en manos del miedo es mucho más peligrosa que en las manos del heroísmo.

Hay una quietud momentánea y todos nos miramos las caras. Es el momento que aprovecha la dueña del hotel, una beatona infecunda, para gritar a los desencarcelados, mientras los abraza con el afán convulsivo de una abadesa nostálgica:

-¡Les felicito, hijos míos! Ahora, ¡a luchar contra los rusos! Hasta que no quede uno en el pueblo.

No hay tales hijos. Ellos son los falangistas: los que estaban en las cárceles y los que estaban fuera, bien armados con las armas de los cuarteles. Ella es la noche de España que tiende sus alas negras sobre Castilla.

De estos mozalbetes nerviosos, irreflexivos, sedientos de sangre, dependía, en estos minutos, la vida de los hombres de la ciudad y de los pueblos de la provincia. En el hotel desbrozan los días varios viajeros de comercio, sorprendidos por la guerra, cuyas cabezas también quedaban a merced del más simple recelo de estos fusileros de retaguardia. La tropa estaba en lo suyo. De minuto en minuto, los fusiles, las ametralladoras, el cañón que ladra afuera, sobre el camino de León, vuelven a sacudir los nervios de la ciudad palentina.

-¡El ejército se ha sublevado!- Me dice un viajante cuyos ojos interrogan los míos.

Queremos salir a la calle, pero desistimos. Cuando vamos a hacerlo, silban las balas en los portales.

Comemos bajo el tiroteo. Volvemos al hall, lleno de gentes carilargas.

Entre los tiros sueltos, comienzan a funcionar los aparatos de radio. En la de Burgos comienza a oírse la voz del general Mola. En la de Madrid, la voz de Indalecio Prieto. Después, la voz de La Pasionaria en la de Madrid. La de Queipo de Llano en Sevilla. También se escuchó la voz de Martínez Barrios, invitando al general Mola a que no convirtiera a España en un lago de sangre. Y la voz ronca del general Mola, respondiendo que seguía adelante con su destino. Que había llegado demasiado tarde la voz conciliadora del político sevillano. La contrarrevolución estaba en marcha y el mismo general Mola se hubiera espantado de sus consecuencias. Consecuencias que ví yo enseguida. Pero que no vieron los generales ensoberbecidos de sus entorchados, el capital sin inteligencia y el alto clero de España.

Salgo a la calle y me entero. Comienzan las matanzas el mismo día. El Gobierno Civil se ha entregado a las nueve de la mañana. El gobernador, también. Pero está herido... Luego supe que se le había metido en un coche custodiado por oficiales. Lo llevaban hacia el cuartel del Carrión. Ya llegó muerto. Lo habían fusilado, disparándole por la espalda dentro del coche, durante el camino. Estaban presos los amigos del gobernador, el primer jefe de policía, el joven Casañé, presidente

de la Diputación, donde se habían encontrado armas y dinamita; el concejal Hernández y otros muchos.

El diputado Peñalba andaba suelto. Solitario en el café, encorvado sobre la mesa, con una gran tristeza aternerada en los ojos y los amplios brazos caídos. Nadie pensó en prenderlo. Él tampoco pensó que sus amigos de ayer pudieran hoy degollarlo. Allí estaba con sus brazos deshilachados. Talento, no tenía. Sin estas armas no es posible un fusilamiento. Por allí andaba el día anterior Francisco Vihgui, el ingeniero y poeta. Era el hombre más querido en Palencia. Pero tenía talento. Me dijeron que estaba preso en su finca. Habrá pasado las suyas. Porque los primeros tiros de esta contrarrevolución han ido contra los hombres de inteligencia. Los que no podían fusilar materialmente, porque no habían caído en el campo nacionalista, los fusilaban los periódicos de estas regiones, órganos de los terratenientes y los jesuitas.

De Valladolid, de Palencia, salen las gentes sublevadas para el Alto del León. Dicen que en Madrid se está librando una lucha feroz en el cuartel de la Montaña. El Guadarrama quedó cerrado por un muro de bayonetas. En mi casa de Madrid no hay un hombre. El único que había se fue por un camino que yo repudio. La metralla, la blasfemia, los hombres, todo el rencor se cierne sobre Madrid. ¿Qué será de los míos?

En Palencia se corre que los asturianos avanzan por llanura con varios trenes de dinamita. ¡Por algo ladraban esta mañana los cañones en las afueras! Castilla le teme más al Pajares que al Guadarrama. En el cerro del Otero, bajo los brazos del Cristo Mayor de Castilla, se pone un cerco de ametralladoras. Vuelven los obispos a arremangarse las faldas y montar a caballo. Volverá al trono doña Urraca. Gelmírez está de plácemes en sus predios de Compostela.

ESPAÑA A HIERRO Y FUEGO (III)

Alfonso Camín
México, 1938

¡A Reinosa, a Reinosa!, gritaban los sublevados, creyendo que todo se reducía a cazar hombres acorralados y sin armas como en Palencia.

Pero a los dos días, a la semana, “falangistas” y ofiales, guardia civil y comerciantes armados, volvían cariacontecidos y rencorosos, buscando carne indefensa en la retaguardia. No llegaban más que hasta Aguilar de Campoo. Allí, a los primeros pasos del pueblo, en el camino de Reinosa, no encontraban infelices que asesinar. No se corrían las liebres, hasta atraparlas y tumbarlas a mansalva, como en las tierras llanas de Castilla. Sobre Aguilar de Campoo estaba la cortina de fuego de los hombres de Reinosa. Lo mismo sucedía en Cervera del Pisuerga, antes de llegar a Piedras Luengas en el camino de Potes. Los montañeses fronterizos tenían a raya a los palentinos. En Barruelo los mineros y gran parte del comercio abandonaron el pueblo. Pero desde las cumbres cercanas sostenían combates con los sublevados. Más allá de Barruelo era imposible ir.

Pronto dejaron de gritar: ¡A Reinosa, a Reinosa!

El jefe de las fuerzas sublevadas en Palencia, desde los primeros días, era el general De la Miguela, un setentón achacoso con cuatro pelos tapando la calva y una borla tan gruesa y dorada pendiendo del ancho fajín, que bien pudiera pertenecer al viejo Pendón de Castilla.

Hizo ceremoniosamente los preparativos, como militar de salón más que como hombre de guerra, y anunció su salida para Aguilar de Campoo, con la intención de meter sus tropas hasta Reinosa. Su fanfarria portuguesa no le sirvió de nada. Volvió a los pocos días a su cuartel del hotel de Palencia con la espada brillante y los botines lustrosos, el gesto más agrio y el rencor, más abierto. Su lenguaje era el de un carretero al que se le atascaba la carreta. Ahuecaba la voz de mando, pero temblaba de miedo. A la hora de comer, nos ponía guardias en todas las mesas.

—Ese me da mala espina. Pónganle guardia.

—Ya se le ha puesto anoche.

—Y aquel otro, ¿de dónde viene?

—De Madrid.

—Pónganle guardia también.

Me aventuro a salir al café y a mi lado se sienta uno de los ingenieros de la Naval de Reinosa, que ha logrado huir a Palencia. Es el jefe de los fascistas en Reinosa:

—Lo de Reinosa no es coser y cantar—me dice.

Yo no le doy mi opinión ni abro mi rostro a la alegría. No comprendo el motivo. Pero presiento que estoy vigilado.

¡A Madrid, a Madrid! Gritan a lo largo de la calle Mayor Principal los que pasan en coche, fusiles en alto y alegres los gestos, rumbo a la ciudad del Pisuega. Se avecinan las fiestas de Santiago y toda Palencia se engalana. Quiere festejar en Madrid al Santo Patrón de España, el 25 de julio.

Entre el entusiasmo de minoría, -aristócratas fracasados, “señoritos” con vicios y sin fortuna, hijos de comerciantes y seminaristas—me llama la atención una muchacha fina y bella, de unos veintidós años, que va en su coche con dos o tres amigos de su misma clase, no sabemos si borracha de vino o de alegría, de rencor o de histeria. Lo que sí veo es que pasa como loca a lo largo de toda la calle, ronca de gritos y con el brazo en alto, en el que blande una pistola, apuntándole al público. Las gentes pacíficas se apartan discretamente de aquella “niña bien”, medio desnuda y desgreñada. Entre sus galanes, va gritando, a todos los vientos: ¡Arriba España!

Yo pienso para mí: “Otra desdichada que, como la mayoría de los que cometen este crimen nacional, sueña que va a una verbena. Si no la mata el arma enemiga, la que lleva en la mano le hará justicia.”

Porque la guerra se hace a base de una traición. Y esa traición, este engaño, comienza a adquirir categoría nacional. La sublevación se llevó a cabo, en un principio, al grito de ¡Viva la República! Transcurren unos días, y ya nadie habla de la República.

Acaban de pasar dos camiones cargados de guardias civiles, sin orden ni concierto, gritando ¡Viva el rey!, con la bandera monárquica desplegada a todo lo ancho y a todo lo largo de la calle Mayor de Palencia. No hacen más que consumir la traición de Queipo de Llano y de Cabanellas, los cuales han ido a Sevilla y a Zaragoza, en nombre del Gobierno, y apenas se hacen cargo del mando se quedan con los sublevados al grito de ¡Viva el rey! y ¡Viva el absolutismo!

Tampoco es difícil que aparezcan dos o tres herederos de Fernando VII, en Castilla, Navarra y Andalucía. Los “requetés” ya están de enhorabuena. Abogan por su rey y cantan sus himnos. Se les da carta abierta para que asesinen a todas las personas liberales y se les promete, además de Fuenterrabía y Pasajes, la adquisición de un monarca carlista, guardado allá por un país lejano. Romántico o real, es el primer síntoma de que España comienza a ser el botín de todos los viejos apetitos de Europa. De toda la “polilla” castiza que acuchilló Goya en su “Fernando VII” y en su retrato de la reina María Luisa de Parma.

Palencia, camino abierto hacia Valladolid, es una feria de colores épicos. Ya están aquí los requetés con sus boinas rojas y sus entorchados coruscantes; los falangistas con sus uniformes italianos, su mentón a lo Hitler su ceño a lo Mussolini y su brazo en alto, a la romana. Todo esto es falso y trágico, viejo y maloliente, palabras de desecho, retórica hueca. ¡Cascajo, sólo cascajo!

Sobre toda esta lamentable mercancía averiada no hay más novedad que la etiqueta extranjera. Todo ajeno a la raza. Pero la ironía y el desbarajuste, ambas cosas elevadas a tipo de fuerza, inventan nada menos que este nombre de “Movimiento Nacional”, el mayor escarnio que se puede escupir sobre el rostro dolorido de España, a la que lanzan sus propios hijos sobre el pozo negro de Europa.

¡A Madrid, a Madrid!, ruge la podredumbre de obispos y de harineros de Castilla.

Sigue la romería trágica de España. Los podencos celebran con gran alborozo el botín que presienten en la ciudad vecina. Ya en Valladolid han alcanzado un éxito rotundo los bandoleros de Dios. Se cebaron en toda la carne que no olierá a pendón monárquico y a gañanía de convento. Las beatas no piden más “que sangre y alabados”.

¡Valladolid, Valladolid!, gritaban los energúmenos. Exacto, Valladolid ha señalado el rumbo de este desastre de España. Allí la traición fue perfecta. Titubeaba la tropa. Hubo sus más y sus menos entre los jefes militares. Discutían en el Cuarto de Banderas. De pronto salta un traidor. Uno de los “retirados” de Azaña:

-¡Esto se acaba así!

Sonaron varias descargas y cayeron muertos varios oficiales. Los otros fueron fusilados en el acto. Después, la tropa salió a la calle. Unas horas antes ya los falangistas eran los amos de Valladolid, mediante las armas que, como en Palencia, les entregaron los cuarteles. Las cabezas honradas dependían de estas patrullas “negras” que evocaban el nombre de España para asesinar a diestro y siniestro. El pecho lo llevaban lleno de escupularios.

”Estos no van al cielo”, dicen cínicamente cuando abandonan a los muertos, atados en los caminos. Y es que todavía tienen miedo de encontrarse con las víctimas a la diestra de Dios.

Terminada la matanza de todas las clases obreras y de las intelectuales, estos antropófagos con gabardina creyeron que toda España era Valladolid y partieron frenéticos hacia el Guadarrama, con el santo y seña de penetrar en la capital española y hacer la matanza más horrible que vieran los siglos. Entre los militares sublevados que acompañaban a estas jaurías iba el comandante Serrador, uno de los que conspiraban en el campo de la República, desde hacía tiempo, a cara descubierta, en compañía de Ruiz de Alda y de otros “señoritos”, restos de la francachela borbónica.

Madrid no era un bocado fácil. El Guadarrama se encontró cerrado por las primeras cortinas de plomo de la República. Ciertamente ganaron el Alto del León bajo el fuego de los primeros aviones y de los fusileros del pueblo. Empero, el Madrid heroico que rechazó las botas de Napoleón, no podía dejarse ahora pisar por los traidores de casa. Madrid no reculaba ante los lobos. Venía a buscarlos a los montes del Guadarrama.